

Comentario de “Siluetas que pasan. La bella y la fiera”

Para el periódico *El Mundo* y durante 1899, Federico Gamboa y Ángel de Campo escribieron la sección “Siluetas que pasan”, firmada bajo los seudónimos de Bouvard y Pécuchet, que remiten tanto al nombre de los personajes principales como al título de la obra *Bouvard et Pécuchet* (1881), del escritor francés Gustave Flaubert. Los protagonistas, por un golpe de fortuna, dejan su trabajo burocrático para incursionar en el conocimiento de todas las ciencias y sistemas de pensamiento.

La silueta se refiere al contorno que produce un cuerpo o fondo, es un rasgo a medias del objeto, por lo cual el observador debe usar su imaginación para caracterizar lo que mira. Lo mismo sucede con las crónicas de Bouvard y Pécuchet, el hecho que origina la narración es completado con base en un ejercicio ficcional que parte de un principio concreto.

Las crónicas extrapolan una situación recurrente en la Ciudad de México al mundo simbólico (narrativo). Cada una de las que fueron seleccionadas para esta antología comparte un rasgo distintivo del Porfiriato, los aspectos positivos y negativos de la modernidad.

“La bella y la fiera” refuerza la idea de que la belleza femenina (ajustada a la blancura de la piel y a los rizos de oro) era su mayor virtud, y que la fealdad podía entorpecer el éxito de las mujeres.

La obsesión por la apariencia, la moda imperante, el cuerpo y las maneras de comportarse, obedecía a la necesidad de “civilizar” a un pueblo mexicano heterogéneo y en su mayoría iletrado, y a la de crear un modelo de ciudadano mexicano. La preocupación por la moda estuvo presente a lo largo de todo el siglo, como puede comprobarse en la enorme cantidad de textos periodísticos, recogidos por historiadores como Clementina Díaz y de Ovando y Luis Reyes de la Maza.